

DEL AMOR A LOS AMADOS

PARTE I

NZIGIYIMANA Sylvestre.
Casa de Formación Joaquim Rosselló - Santo Domingo R.D.

DEL AMOR A LOS AMADOS

“El amor no es un tema fácil de tratar. Quizá preocuparse por el amor es caminar por allí donde los ángeles temen pisar. Pero es ridículo que una fuerza de vida tan poderosa sea ignorada”. Con estas palabras de Leo F. Buscaglia, introducimos el tema *Del Amor a los amados*. Aunque sea una tarea no fácil de abordar el Amor como fuente de la vida, fuerza creadora del cielo y la tierra, los visibles e invisibles (Col 1,16), es posible con la aclaración que hace el apóstol san Juan cuando dice que “*Dios es Amor*” (1Jn4,8). Como dice Benedicto XVI, el amor de Dios por nosotros es una cuestión fundamental para la vida y plantea preguntas decisivas sobre quién es Dios y quiénes somos nosotros [Cf. *Deus Caritas Est* n° 2]. En este artículo queremos hablar de Dios como Amor que se derrama sobre nosotros los amados y la respuesta del amado (el ser humano) a este Amor creador. Se trata de un artículo con diferentes títulos que podemos leer alternativamente. En el presente definiremos la palabra “*amor*” desde el uso de ese término por los filósofos de la antigüedad hasta la declaración cristiana “Dios es amor”. Después veremos esta afirmación “Dios es amor” a partir de la Santísima Trinidad y los modelos de este Amor que nos conducirá al amado imagen y semejanza de Dios. Por tanto lo que vamos a decir del amor, es sólo un poco de lo que es. Amor es amor. Pues ese Amor y Dios son uno y el descubrimiento de cualquiera de ellos es la realización de ambos. Yo no sé cómo me atrevo a tratarlo. Solamente quiero que la frase “*Dios es amor*” sea bien entendida. Por tanto, si otros lo dicen mejor, “es lo más natural a mí no acertar en nada.” [Santa Teresa de Jesús, *Obras completas*, Madrid, p.215].

El término amor tiene diversos sentidos: de un lado es tomado como una inclinación, apetito, pasión, aspiración, etc. y de otro lado significa una calidad, una propiedad o relación. Empédocles es el primer filósofo que utilizó la idea del amor en sentido cósmico-metafísico al considerar el amor como fuerza entre dos principios fundamentales. Platón, por su parte, atribuye a Sócrates que el “amor es el único tema de que puede disertar con conocimiento de causa.” Esto lleva a los filósofos a definir el amor como un dios poderoso, pero no único sino varios dioses. Para Platón, se puede hablar del amor terrenal y del amor celeste no como sinónimos sino como un solo término complejo. El primero lo define como amor común y el segundo como amor que produce el conocimiento y lleva al conocimiento. Luego, los filósofos van a desarrollar este concepto de amor en tres órdenes: *amor del cuerpo*, *amor del alma* y *amor como mezcla de ambos* amores. “En general, -dice José Ferrater Mora- el amor puede ser malo o ilegítimo, y bueno o legítimo: el amor malo no es propiamente el amor del cuerpo, sino aquel que no está iluminado por el amor del alma y no tiene cuenta la irradiación sobre el cuerpo que producen las ideas” (Dic.filos.I.p.87b). En otras

palabras, en concepción platónica, el cuerpo no debería amar para así, sino que el amor del cuerpo debe reflejar el deseo y la belleza del amor del alma.

Platón se esfuerza en probar que el amor perfecto como principio de todos los amores es el que se manifiesta en deseo del bien. Según él, el amor es siempre amor a algo. Es decir que el amante no posee ese algo que ama, sino que lo necesita como algo que le falta. Al contrario no habría amor. Pues el amor se define como “*hijo de la pobreza y de la riqueza*”, es decir como una oscilación entre el tener y el no tener. En este impulso metafísico del amor, según los filósofos griegos, surge la relación entre los seres humanos y la divinidad, de manera que los dos amantes están unidos por la necesidad de un amado. Es un elemento natural de los seres humanos, un impulso que orienta la materia al principio primero, es decir una aspiración de quien carece del bien hacia el Sumo Bien, el Perfecto. Estos pensamientos, como lo veremos más abajo, van a influenciar el cristianismo en su interpretación relacional entre Dios y el ser humano; uno como Poderoso y otro como dependiente en todo del primero.

En nuestra era, san Agustín de Hipona afirma que todos deseamos ser felices y este deseo significa la relación con lo que amamos porque nadie puede desear lo que no ama. Según él, el amor consiste en el deseo de identificarse con el objeto amado capaz de llevar a la felicidad. El amor es un movimiento del alma, un apetito ligado a un objeto determinado como desencadenante del propio movimiento. El amor está sobrepuesto a la esfera racional y según san Agustín el amor a Dios nos hace más bienaventurados que toda razón. El amor es la dimensión más fundamental del espíritu humano. Sin embargo afirma que el amor puede ser malo o bueno según la inclinación a que lleva ese amor, mientras que la caridad es siempre buena. En efecto, san Agustín establece una distinción entre *caritas* (caridad), *amor y dilectio*: *caritas* como el amor de Dios a ser humano y del ser humano a Dios; *amor* como relación interhumana, el amor al prójimo; y finalmente *dilectio* que define como una inclinación totalmente humana [Cf. Dic. Filos. I. p 88].

Los discípulos de san Agustín luego van a distinguir en el amor, tal como lo presenta su maestro, dos formas: la primera es el *amor de concupiscencia*; es decir con el deseo de aprovecharnos del amor para nosotros mismos y la segunda es el *amor de benevolencia* con el deseo del bien propio del ser amado (el otro). Con estos dos aspectos del amor, muchos dirían que la verdadera amistad sería el amor de benevolencia, según el cual deseamos el bien del otro. Según san Agustín la concupiscencia (*Cupiditas*) condena al ser humano a la más terrible de las infelicidades mientras que la benevolencia (*Caritas*) puede asegurar la verdadera felicidad en la posesión de un bien que no puede perderse por ser inmutable y eterno (Cf. *Enarraciones sobre los Salmos* 31,II,5). Sin embargo, el amor implica algo más que esto. El amor no sólo es la entrega independiente al amado, ni tampoco es sólo la reciprocidad que hace

que el que ama sea amado al mismo tiempo, sino la comunión a la vez pasiva y activa entre los amantes. En este caso el amor sería un dinamismo que mueve dos amantes uno hacia otro y viceversa.

Es importante señalar ciertas particularidades cuando nos referimos al vocabulario griego y latín para hablar del amor. En griego se distinguen tres palabras para designar el mismo amor: la primera es “*Eros*” que se aplica ante todo al deseo que nos atrae hacia el bien sensual (según los griegos este amor puede llevar hacia a un bien supremo y espiritual). La segunda es “*Philia*” que es amistad entre las personas y la tercera es “*Ágape*” que indica la estima más bien que el apego pasional en la unión entre las personas. En latín casi de la misma manera se distingue la “*Amicitia*” de la “*Dilectio*” y de la “*Caritas*”. La primera implica la reciprocidad y la comunión, la segunda es ante todo la complacencia en un ser y la tercera significa todo amor generoso y gratuito como benevolencia que hemos visto. Notablemente, los escritos del Nuevo Testamento siguen la traducción griega del Antiguo Testamento, empleando “*Ágape*” que se cambió más tarde en versión latina a “*Caritas*” para designar el amor de Dios hacia los seres humanos. Sin embargo, como lo observarás más adelante, se darás cuenta que el amor del ser humano lo recibe de Dios en su totalidad, y cada uno la vive a su manera buscando siempre alcanzar su plenitud.

La Biblia describe así el Amor: “El amor es paciente y muestra comprensión. El amor no tiene celos, no aparenta ni se infla. No actúa con bajeza ni busca su propio interés, no se deja llevar por la ira y olvida lo malo. No se alegra de lo injusto, sino que se goza en la verdad. Perdura a pesar de todo, lo cree todo, lo espera todo y lo soporta todo. El amor nunca pasará” (1Cor 13,4-8). Esa descripción es propia de Dios mismo, no solamente de su amor sino también de su naturaleza. Ese amor que nos define san Pablo es el mismo del que nos habla Jesús cuando da su amor como guía y condición para permanecer en el Padre (Jn 15,9-15). En esa línea, la concepción cristiana descubre el sentido del amor en el proceso gratuito del rostro amoroso hasta el amado. Es decir que el amor parte de lo superior y se dirige hacia lo inferior no con el temor de ser ensuciado, sino con la convicción de alcanzar lo más alto en ese acto de humildad de rebajarse a sí mismo. De ahí se nos asegura que la primera iniciativa en el amor parte de Dios mismo, no con deseo alguno de alcanzar a algo más, sino para que sus creaturas en Él encuentren la felicidad. En efecto, en el cristianismo este amor tiene una primacía sobre la fe y la esperanza (Cf. 1Cor 13,13). No sólo en el sentido en que lo decía Porfirio (232-304) considerando la fe, la verdad, la esperanza y el amor como los cuatro principios de Dios, sino como el culmen de lo que es Dios en sí. Este amor cual se presenta en la Biblia no es lo que decía Platón y sus seguidores como un amor trinchado, sino que es un amor único que se da, amor que es la vida y comunión, el amor que es entrega y acogida como lo veremos a continuación.

“Dios es Amor” (1Jn 4, 8)

En la Biblia, el apóstol san Juan, haciendo la síntesis del amor de Dios como lo presenta san Pablo, lo coloca en el corazón de una teología de la Caridad. Mientras que san Pablo caracterizaba ya al Dios del Evangelio llamándole el Dios de la caridad (2Cor 13,11), san Juan da el último paso diciendo que *Dios es Amor*. (1Jn4,16). Desde la eternidad, el objeto por excelencia de este amor es el Hijo que el Padre amó desde antes la creación del mundo (Jn17, 24). Por eso, confesar que Dios es amor es al mismo tiempo confesar la manifestación perfecta de este amor en su único Hijo Jesucristo y permanecer en Él. Sin embargo, san Juan será más explícito que san Pablo; primeramente señalando que este amor, tanto en nosotros como en Dios, debe concentrarse en el Hijo. Después insistiendo en que debe ser la respuesta de amor al Amor mismo por el que somos amados (1Jn 4,19). Aunque san Juan haya sido más osado que nadie para proclamar no solo que Dios nos ha amado el primero, sino que también este amor le es propio hasta el punto de no distinguirse de su vida, de su ser. San Juan es, pues, el que mejor ha descrito esta vuelta a Dios del amor que viene de Él y que es Él (Cf, L. Bouyer, *Dic. De teología*, p. 67).

Pero, ¿cómo podemos siquiera comenzar a comprender esa verdad? En la síntesis de los filósofos y teólogos tanto cristianos o paganos en cuanto a hablar lo que es amor, halla que no se especifica el amor como cualidad de Dios y el amor como el ser de Dios mismo. La pregunta del ser de Dios como amor queda siempre suspendido entre su realidad y sus interpretaciones. Sin embargo, cuando san Juan dice que *Dios es amor*, no solamente quiere decir que Dios ama a los suyos, o simplemente a sus creaturas como el padre ama sus hijos, sino también que Dios en sí mismo es Amor.

“Queridos, amémonos unos a otros, ya que el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios” (1Jn4,7). Decir que el *amor es de Dios* es una forma cualitativa que introduce realmente el ser de Dios. Dios es el Padre y nosotros sus hijos en el sentido supereminente de que Él da la vida como Creador y Fuente, y nosotros somos llamados a vivir dando la vida. Nosotros podemos amar a Dios porque de Él viene el amor y su amor es perfecto en nosotros cuando amamos como Él nos amó. Es decir y como lo veremos abajo: amar sin límites, entregarse, crear y sostener la creación.

“Quien no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es Amor.” 1Jn4,8. Es decir que nos amamos unos a otros no porque sea una cualidad nuestra, sino que la recibimos de Dios. Por tanto, no basta saber que el amor es de Dios, tenemos que saber también que Dios es amor. Estas dos frases (*‘amor es de Dios’* y *‘Dios es amor’*) forman el centro de la teología juánica que expone el Amor, primero como atributo de Dios y luego como el ser mismo de Dios (su naturaleza). La tarea de los teólogos en el mundo actual

consistiría en sintetizar estas afirmaciones reveladas con los mejores pensamientos posibles, para no caer en las contradicciones de estos términos.

Como ya lo hemos dicho, para los griegos el amor (*Eros*) del que habla Platón es también el deseo de los bienes espirituales. Siguiendo a Aristóteles y santo Tomás de Aquino, la amistad es comunión recíproca en un amor que es ante todo amor de benevolencia (*Agape*). Sin embargo, estas dos definiciones de amor han conducido a algunos historiadores protestantes a reprochar a los padres de la Iglesia y a los escolásticos el haber ahogado la originalidad del amor cristiano (*Agape*) en una religiosidad filosófica en la que el amor divino estaría absorbido por el amor humano (*Eros*). Por éste, san Gregorio de Nisa y san Agustín han justificado la íntima relación entre ambos amores, afirmando que “antes de consumarse en la revelación y la comunicación del amor divino, había que trascender el *Eros*, el deseo incluso de los bienes más puramente espirituales, lo cual exigía renunciar a sí mismo y perderse” [L. Bouyer, *Ibid.* P.68.]. Pues, siguiendo la síntesis tomista de la caridad virtuosa junto con la noción aristotélica de amistad, se afirman en esta síntesis una amistad creadora de parte de Dios y el consentimiento en la fe a una comunicación por parte del ser humano. Es decir, considerar al mismo tiempo el amor desinteresado de Dios y el del ser hombre como respuesta. Por tanto, eso implica llegar a la comprensión del amor de Dios apasionado por el ser humano hasta enviar a su único hijo Jesucristo, quien dice que “Nadie tiene mayor amor que él que da su vida por sus amigos” (Jn 15,13).

“Dios es amor” como nos lo dicen las Sagradas Escrituras, y más como un propósito imperativo: *amarnos unos a otros* implica *amar como Dios nos amó*. Quizás preguntarías *¿cómo Dios ama?* Siguiendo las huellas de san. Juan, santo Tomás de Aquino afirma que el entendimiento de las verdades particulares está siempre orientado ante todo, a la verdad general. Por eso dice que: “el amor por naturaleza es el primer acto de la voluntad y del apetito. Ésta es la causa por la que todos los otros movimientos del apetito presuponen el amor como su primera raíz” [Suma teológica I, Q²⁰ A₁.]. Es decir, que todo movimiento de amor viene de Dios, porque Dios -como primer motor- es Amor. La respuesta a la pregunta sería pues lo que presenta s. Pablo en su primera carta a los Corintios (Cf. 1Cor 13, 1-9). Pues el que ama así a su semejante permanece en Dios y Dios en él (1Jn 4,16).

Este amor de Dios que confesamos cuando repetimos las palabras de s. Juan, hace posible en nosotros el amor a Dios, el amor al prójimo y al mundo. Quien ama a Dios encuentra siempre en el otro su verdadera imagen y el querer del “yo” al “tú” no está ya en el cambio de los valores, sino en el encuentro de otro yo en el otro. Amar como Dios es desear la vida, es querer la existencia de otro. Amar como Dios es decir al otro: “Hagamos al ser humano a nuestra imagen, como semejanza nuestra” (Gn 1,27). Esta

última declaración del Génesis, es la primera manifestación del amor de Dios, el amor creador que no desea vivir solo en el egoísmo de su plenitud, sino que quiere que de su amor brote el amor. El Papa Francisco llega a decir que “la pareja que ama y genera la vida es la verdadera escultura viviente, capaz de manifestar al Dios creador y salvador. Por eso el amor fecundo llega a ser el símbolo de las realidades íntimas de Dios” [Exhortación apostólica postsinodal *Amoris Laetitia*, nº 11.]. Pues si amar es conocer a Dios y permanecer en Él y si ese Dios es dador de la vida, proteger la vida es sin duda permanecer en el amor de Dios y conocerle como creador de esa misma vida.

El amor de Dios abarca toda forma de vida como fruto suyo. Por eso el *agape* divino no puede aislarse de las otras formas de amar (*eros* y *filia*), sobre todo cuando entendemos ese amor como la fuerza que mueve y sostiene a los suyos hasta su realización plena (vida eterna). La invitación de apóstol san Juan a *amarnos unos a otros* como hijos de Dios es a la vez una invitación a la interdependencia de vida en todas sus formas y el deseo de estar con los otros seres en sus necesidades y en sus alegrías. Eso significa dejarse llevar por la voluntad del Creador en todas sus actividades cotidianas hasta a desear como P. Joaquim Rosselló i Ferrà, atraer ese amor “hacia sí, para comunicar sus bienes a todos, su dicha, su felicidad eterna” [Documentos del Capítulo Especial MM.SS.CC. 1969-1970, p.7.].

Tanto se canta el amor en la liturgia, tanto lo cantan los artistas y mucho más aparece en los textos de los poetas, pero pocos se preguntan ¿cómo Dios es amor? Y cuando con curiosidad uno hace esa pregunta, la respuesta es simplemente “porque Dios me ama”. Raramente, aunque sean los predicadores, pocos enseñan que Dios es amor porque es su ser o su naturaleza. Sin embargo, con esta corta afirmación *Dios es amor porque nos ama*, diríamos también que nuestros amados son nuestro amor (veremos la diferencia abajo). Es verdad que el amor de un/a amado/a pueda ser un reflejo del amor de Dios, pero sólo en cuanto amándose unos a otros se dejan llevar por la gratuidad y la apertura sin medida a los demás. Para los creyentes, Dios es amor porque el amor es su naturaleza y el rostro amoroso del Padre derrama su ser mismo hacia nosotros por Jesucristo. ¿Cómo pues decirlo con certeza? La respuesta a esta pregunta está en Dios es Amor Trinitario que veremos en seguida.

NZIGIYIMANA Sylvestre

Casa de Formación Joaquim Rosselló Santo Domingo R.D.